

más ó menos hostilizadas en su tránsito; pero cuando terminó el mes que acabamos de citar, todas ocupaban ya el punto á que habían sido dirigidas.

Desde este momento, cada uno de los jefes mencionados comenzó á mandar expediciones á los pueblos, ranchos y bosques inmediatos, con el mismo objeto con que se emprendían otros movimientos semejantes en el resto de la Península. El éxito más favorable coronó al principio sus esfuerzos, porque las partidas destacadas del campamento principal volvían siempre cargadas de viveres, de prisioneros, de personas presentadas espontáneamente y hasta de familias rescatadas del poder de los bárbaros; pero el enemigo tomó repentinamente una resolución que cambió por algún tiempo el aspecto de las cosas. Grandes masas de indios cercaron á la sexta división en Bolonchenticul, y fueron inútiles todos los esfuerzos que hizo por algunos días el coronel Trujillo para ahuyentarlas. Pero el 19 de marzo cargó con tal ímpetu sobre las huestes sitiadoras, que logró al fin que abandonasen el campo que habían regado abundantemente con su sangre. Pocos días después—el 1.º de abril—el teniente coronel Baqueiro también fué acometido en Hopelchén. Un número considerable de bárbaros cargó impetuosa y simultáneamente por toda la línea; pero al cabo de tres horas de combate, abandonó la empresa, huyendo en distintas direcciones. El enemigo intentó otro ataque cinco días después, pero con el mismo éxito (6). En cuanto á la sección del coronel Vadillo, se asegura que fué arrojada de la hacienda Yaxché en el estado más lastimoso (7).

Rechazados los bárbaros de Bolonchenticul y de Hopelchén, sus respectivos comandantes volvieron á su táctica de expedicionar en las inmediaciones, con el objeto de

(6) *El Fénix*, números 26, 28, 30 y 33.

(7) BAQUEIRO, *Ensayo histórico*, tomo II, capítulo III.

perseguir sin tregua á los sublevados. Estas expediciones abrazaban cada día un área más extensa; pero estaban muy lejos de producir los resultados que habrían podido esperarse, porque Trujillo y Baqueiro obraban independientemente el uno del otro. Don Justo Sierra se expresó enérgicamente contra esta independencia en su periódico *El Fénix*, y sea que hubiese sido escuchado, ó por cualquier otro motivo, la verdad es que ambos comandantes se pusieron de acuerdo, al menos por una vez, y las fuerzas de Trujillo se unieron á las de Baqueiro el 27 de abril en Hopelchén. Ambos avanzaron entonces hasta el remoto pueblo de Itúrbide, y el 5 de mayo habían ya vuelto al punto de su partida, después de haber batido á los bárbaros que intentaron oponerse á su marcha, haciéndoles un rico botín y considerable número de prisioneros (8).

Desde este momento, las expediciones al campo enemigo se hicieron más frecuentes y eficaces. El teniente coronel Baqueiro desplegó una actividad incansable en la persecución del enemigo. Operando en la región meridional del distrito, ocupó sucesivamente los pueblos de Komchén y Jibalchén, sosteniendo frecuentes ataques con los sublevados. En uno de estos encuentros, una vivandera, llamada María Encarnación Rea, tomó el fusil de un soldado que cayó muerto á su lado, y se batió con heroísmo hasta que fué derrotado el enemigo (9).

Resultados iguales, aunque en mayor escala, obtenía el coronel Trujillo en la región inmediata, situada á espaldas de la cordillera. Sus fuerzas, más numerosas que las de Baqueiro, recorrieron mayor extensión de territorio, batiendo á los indios donde los encontraban y no perdonando medio alguno para agotarle sus recursos. Xul, Santa Rosa, Becanchén, Moreno y otros pueblos y ranchos de la

(8) *El Fénix*, números 38 y 39.

(9) *Boletín oficial*, segunda época, número 16.

comarca eran frecuentemente reconocidos en estas expediciones, y las tropas volvían generalmente cargadas de maíz, caballos, prisioneros y familias enteras que se presentaban. La confianza comenzó á renacer desde entonces en el partido de los Chenes, y Bolonchenticul, Hopelchén y algunos otros lugares bien pronto se vieron repoblados por muchos de sus antiguos habitantes.

En resumen, al entrar el otoño de 1849, así en el distrito de Campeche, como en el oriente y sur de la Península, el ánimo de los indios había decaído de tal manera, que ya no se les veía, como antes, tomar la iniciativa en las operaciones de la guerra. Se limitaban á defenderse (y casi siempre con debilidad), cuando eran perseguidos en sus mismas guaridas por las expediciones que con frecuencia salían de nuestros cantones avanzados. ¿De qué dimanaba este cambio? ¿Por qué las hordas salvajes, que el año anterior habían conquistado palmo á palmo las tres cuartas partes de la Península, retrocedían ahora casi sin combatir ante los soldados de la civilización? Arrojemos una mirada al campo de los sublevados para buscar la explicación de este enigma.

Recordará el lector que Manuel Antonio Ay, Cecilio Chi y Jacinto Pat fueron los tres caudillos principales que promovieron la insurrección indígena. Fusilado Ay antes de que se disparase el primer tiro de esta guerra desastrosa, los dos últimos fueron los únicos que de pronto se pusieron al frente del levantamiento. No tardó en aparecer, sin embargo, una tercera entidad, que vino á suceder á la víctima en el lugar que le correspondía. Llamábase el nuevo caudillo Florentino Chan, con cuyo nombre habrán tropezado varias veces los ojos del lector en las páginas de este libro. Púsose fácilmente de acuerdo con sus compañeros, y se le dió el mando del Oriente, mientras Cecilio Chi tomó el del Centro y Jacinto Pat el del Sur. Con sujeción á este arreglo se hicieron las campañas de 1847 y 1848; pero cuando el

avance de nuestras tropas redujo á los indios á los bosques y desiertos, en que la división de zonas podía ser considerada como irrisoria, Cecilio Chi se retiró á un paraje llamado Chanchén, situado entre Tihosuco y Valladolid. Notóse, sin embargo, desde los primeros meses del año 1849, que su nombre había dejado de sonar en los encuentros que á cada paso tenían los bárbaros con nuestras tropas. Comenzaron á hacerse diversas conjeturas sobre este silencio, y un periódico de la época consignó el rumor de que había muerto de un ataque de apoplejía (10). Indagaciones posteriores vinieron luego á rectificar esta noticia, no en cuanto al fondo, sino en cuanto á los detalles. He aquí la versión que nos parece más verosímil, á pesar de los tintes romancescos de que se halla revestida.

Cecilio Chi compartía su lecho con una mujer que le había seguido en todas sus campañas, más bien acaso por miedo que por amor. Ella amaba, en efecto, á un secretario del caudillo, llamado Atanasio Flores, el cual, para disimular la pasión de que se había dejado arrastrar, había ocurrido á un expediente que no por antiguo y gastado deja de producir generalmente el éxito que se busca. Se había entregado con calor á la devoción, y sólo se le veía soltar el rosario y las novenas cuando Cecilio Chi le ocupaba en el despacho de su correspondencia. Esta monomanía religiosa llamó la atención del caudillo, y un día en que quiso averiguar su causa, los celos hicieron estallar la cólera entre los dos rivales, y el secretario quedó tan mortificado de las increpaciones de su interlocutor, que tomó la firme resolución de vengarse.

No le faltaba audacia para ejecutar su designio, y habiéndose escondido un día tras de la puerta de la casa de paja en que se hallaba el cuartel, descargó un fiero machetazo sobre la cabeza de Cecilio Chi, en el momento en

(10) *El Fénix*, número correspondiente al 15 de abril de 1848.

que pisaba el umbral de aquella puerta. El caudillo quedó muerto en el acto; pero sorprendido *in fraganti* el asesino, se vió en la necesidad de sostener un combate desesperado con los que querían aplicarle la pena del talión. Se dice que logró encaramarse en uno de los maderos que atravesaban la casa, y que desde allí descargaba sobre sus agresores los fusiles del cuartel, que tenía al alcance de su mano. Se añade que el rumor de esta escaramuza llegó hasta el cantón inmediato de Nohyaché, y que habiendo venido de allí una fuerza de 200 hombres mandada por Atanasio Espadas, el audaz secretario fué víctima de la primera descarga que le dirigió.

El cadáver de Cecilio Chi fué inhumado al día siguiente en Tepich, no sólo acaso porque era el lugar de su nacimiento, sino también porque allí había tenido su cuna la insurrección. En cuanto á la mujer que había tenido la culpa de este doble asesinato, no sobrevivió veinticuatro horas á sus víctimas, porque amaneció colgada de un árbol á las inmediaciones de Chanchén. El temor de correr igual suerte que su cómplice, la obligó sin duda á tomar esta resolución desesperada (11).

Este suceso había tenido lugar, según los cálculos más probables, en la primavera de 1849. En septiembre del mismo año, un nuevo asesinato, verificado en la persona del caudillo más prominente de la insurrección, vino á producir un estrago más transcendental todavía en el campo de los rebeldes. Poseemos sobre este hecho mejores datos que sobre el anterior.

Jacinto Pat, empujado sucesivamente de Peto, Tihosuco y Culumpich por las victoriosas huestes del gobierno, había acabado por establecer su cuartel general en Tabi, rancho

(11) Esta relación es debida al mismo Atanasio Espadas, que figura en ella, y el cual se presentó más adelante á las tropas del gobierno, según veremos en su lugar. Nuestro amigo el historiador D. Serapio Baqueiro nos ha asegurado al menos haberla escuchado de sus propios labios.

de su propiedad. Desde allí había dirigido los sitios de Tihosuco, de Sabán y Bacalar, y los hechos que dejamos consignados en los capítulos anteriores demuestran la energía y la inteligencia que había desplegado para dejar bien puesto el honor de sus armas. Pero la campaña se había prolongado demasiado, y los recursos del caudillo comenzaron á agotarse á mediados del año. Se hacía necesario reponer la inmensa cantidad de pólvora y plomo que se había consumido en la campaña, y no había dinero para comprarla á los filantrópicos hijos de Belice, que siempre se hallaban dispuestos á venderla. En 1847 y 1848 se hacían estas compras ó cambios con los objetos que pillaban los bárbaros en las poblaciones que nos ocupaban. Pero reducidos después á los bosques, el pillaje se hizo ya imposible y la insurrección dejó de contar con su primer elemento de vida. Entonces Jacinto Pat concibió el pensamiento de imponer á los sublevados una contribución, cuyo producto debía ser destinado exclusivamente al objeto indicado. Era la primera vez que se intentaba este recurso durante la guerra, y los sucesos posteriores iban á demostrar muy pronto cuán peligroso era tocar una fibra tan delicada entre los indios.

Existía una antigua rivalidad entre los caudillos orientales y los del Sur. Nuestros lectores la han visto estallar durante los tratados de Tzucacab, y si la necesidad de hacer constantemente la guerra á los blancos la hizo dormir por más de un año, no logró nunca extinguirla. En realidad, sólo necesitaba un pretexto para estallar de nuevo, y la contribución impuesta por Jacinto Pat vino á presentárselo oportunamente. Florentino Chan, Venancio Pec y algunos otros caudillos y capitanes de los que más se habían distinguido en la campaña, supieron explotar con habilidad el nuevo paso dado por el caudillo sureño para desconceptuarle entre los sublevados. Y sus esfuerzos se vieron pronto coronados por el éxito más completo, por-

que los indios, que venían peleando desde 1840 por la baja de los impuestos que pesaban sobre ellos, no estaban dispuestos á consentir en que se estableciese ningún otro en adelante.

Cuando los conjurados estuvieron seguros de que tendrían de su parte á la mayor parte de los bárbaros, levantaron una fuerza respetable en el Oriente y se dirigieron con ella á Tabi, con intención de aprehender ó, más bien, de asesinar á Jacinto Pat; pero el caudillo sureño estaba ya impuesto de todo, y comprendiendo probablemente que la causa de los conspiradores debía tener un crecido número de adeptos entre los indios, se salió de aquel rancho en los primeros días de septiembre, seguido de algunos adictos suyos, en su mayor parte blancos, según se asegura. Parece que dió á esta salida el color de que iba á comprar pertrechos de guerra á Chichanjá, y aun se añade que llevaba consigo cinco mil pesos para emplear en estos objetos; pero cualquiera que sea la exactitud de este detalle, la verdad es que huía y que esta fuga iba á proporcionar el triunfo á sus enemigos.

Cuando Venancio Pec y Crescencio Poot, que mandaban las fuerzas orientales, llegaron á Tabi y no encontraron á Pat, aprehendieron á Pantaleón Uh y á otros capitancillos que encontraron allí, y en seguida expidieron una circular en que los daban de baja en el ejército de los sublevados. En este documento se hallan extensamente explicadas las causas de la conspiración de que ya hemos hablado; mas como sus autores no estaban seguros de dominar por completo la situación mientras viviese Jacinto Pat, pronto volvieron á emprender la marcha para consumir su obra. El caudillo sureño había tomado la dirección de Bacalar, bien para presentarse á Cetina, como algunos suponen, bien para buscar un refugio en las posesiones inglesas ó acaso, en fin, para solicitar el apoyo de los sublevados que asediaban aquella villa; pero ninguno de estos objetos

pudo lograr, porque fué alcanzado por sus perseguidores y sacrificado en la soledad de aquel desierto (12).

Ya hemos anunciado que la desaparición sucesiva de Cecilio Chi y Jacinto Pat introdujo el desconcierto en el campo de los sublevados. Vamos á ver ahora si el gobierno del Estado y nuestras tropas supieron sacar de esta circunstancia todas las ventajas que podían esperarse.

---

(12) En los *Boletines oficiales* de septiembre y octubre se encuentran varias declaraciones de prisioneros que se hallan contextes respecto de los principales detalles que dejamos consignados en el texto.